

SOCIOLOGIA DEL PROTESTANTISMO

POR

MIGUEL PORADOWSKI.

Vivimos en los tiempos del ecumenismo.

El ecumenismo —concebido como un esfuerzo para la realización del gran deseo de Cristo, expresado en su oración durante la Última Cena, para que todos los cristianos constituyan una sola familia— se presenta hoy día como una de las principales preocupaciones de la Iglesia.

Pero una verdadera unidad de todos los cristianos puede ser alcanzada solamente por la unión en la Fe, es decir por creer en los mismos dogmas, por confesar y vivir el mismo Credo, el mismo —a lo largo de toda la historia de la Iglesia— *Depositum Fidei*, como la base de un verdadero y sincero amor a Cristo. Todos los esfuerzos por alcanzar una unión puramente formal nunca podrían llevar a los cristianos de distintas confesiones a una verdadera unión, es decir a una unificación en la edificación de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo.

Por esta razón, un serio ecumenismo tiene que empezar por una objetiva investigación de la realidad de lo que son las distintas confesiones que se reclaman ser cristianas, sin cerrar los ojos a la existencia de los posibles errores o desviaciones a la verdad revelada y siempre enseñada por la Iglesia.

Además, el cerrar los ojos a los errores de los «hermanos separados» sería no solamente un pecado contra la Fe, sino también contra la Caridad, pues contribuirá a mantenerlos en el error, mientras que el verdadero amor del prójimo exige que compartamos con los demás nuestros bienes y no hay un bien más grande que la verdad revelada; guardarla exclusivamente para nosotros mismos sería un imperdonable egoísmo.

El asunto de la unión de todas las corrientes cristianas, que en distintas épocas y por muy variadas causas se separaron de la Iglesia, es sumamente complicado, pues estas separaciones se produjeron, casi en todos los casos, no solamente por razones de fe o de disciplina eclesiástica, sino también por otras causas. No se trata entonces solamente de un problema religioso, sino también de problemas culturales, históricos, sociológicos e incluso políticos. Sería, pues, muy ingenuo reducir todo el problema a los aspectos exclusivamente religiosos. Si se busca una verdadera unión hay que tomar en cuenta toda la realidad, todos los aspectos y todas las causas de las separaciones ocurridas. Muchas de ellas ya están caducas, obsoletas, fuera de actualidad y pertenecen exclusivamente al pasado, mientras que las otras siguen en plena vigencia, demuestran una gran vitalidad y siguen actuando y, por ende, imposibilitando una verdadera unión.

El protestantismo es un ejemplo muy elocuente de esta situación, pues aparece en la historia no solamente como un fenómeno religioso, sino también o, tal vez ante todo como un fenómeno cultural, político, social, histórico, es decir un fenómeno sociológico.

Dejando de lado el aspecto dogmático del protestantismo, (como ya bastante estudiado y conocido), vamos a ocuparnos, en una serie de ensayos, de su aspecto sociológico, pues sin tomarlo en cuenta es imposible valorar exactamente el fenómeno «protestantismo» y, en consecuencia, buscar sinceramente una verdadera unión con los protestantes.

De los muchísimos aspectos sociológicos del protestantismo nos proponemos analizar sólo los que consideramos los más importantes y los más sinceramente vinculados con el protestantismo como religión y con el problema ecuménico, es decir los que más dificultan la mutua comprensión entre los católicos y los protestantes, a saber: primero, el protestantismo como reforma, es decir como una reacción contra el resurgimiento del paganismo antiguo greco-romano en la época del Renacimiento; segundo, el protestantismo como una vuelta a las tradiciones paganas germánicas; tercero, el protestantismo como una reacción de lo germánico contra todo lo latino, romano, mediterráneo; cuarto, el protestantismo como judaización del cristianismo; quinto, el protestantismo como laicización del cristianismo.

1. El protestantismo como reforma.

Es una opinión general de los historiadores que al final de la Edad Media muchos países europeos, hasta algún punto, vuelven al paganismo. Esta vuelta no se limita solamente al aspecto puramente religioso, sino que se manifiesta en toda la cultura, en la moral, en el arte y en la civilización.

Después de un período largo, pues, de casi mil años, de una vida profunda cristiana, de vivir sinceramente la fe, tal como lo concebía la gente de entonces, muy a menudo de una manera severa, ascética, sacrificada, pero al mismo tiempo llena de alegría, serenidad y belleza (1), viene la época de Renacimiento, que es esencialmente el período de redescubrimiento y vuelta a la antigua cultura precristiana greco-romana, como también a las creencias y filosofías de vida que se encuentran en las bases de estas culturas, es decir un renacimiento del antiguo paganismo greco-romano.

A medida que el hombre del Renacimiento se aleja del cristianismo, se acerca al paganismo, pues el mundo del espíritu, de manera parecida como el de la materia, no tolera el vacío.

Todavía en el humanismo de esta época claramente se notan las dos corrientes, una cristiana, abierta a todos los valores de las precristianas culturas griegas y romanas compatibles con el cristianismo y la otra, pagana, que con desdén rechaza todo lo cristiano o, peor todavía, imprime un carácter pagano sobre lo que conserva de un cristianismo vaciado de sus auténticos valores, es decir laicizando el cristianismo.

La corriente humanista cristiana, empezada por Dante y Petrarca, es desarrollada por santo Tomás Moro (el canciller del rey Enrique VIII de Inglaterra), quien, con serenidad e incluso buen humor,

(1) Muchas obras históricas —entre ellas especialmente las de Regine Pernoud, *La lumière du Moyen Age* y la de Cohen, *La clarté du Moyen Age*, ambos profesores de la Sorbona— ponen acento sobre estas características de la Edad Media. También es muy significativo que Inglaterra, antes de su protestantización, llevaba el nombre de «merry England»: la Inglaterra alegre.

ofrece su vida en la defensa de la Fe y de la moral cristiana, y por su gran amigo y admirador Erasmo de Rotterdam, seguidos por una enorme pléyade de la gente más culta de todos los países europeos, que siempre saben unir *nova* con *vetera*, evitando las rupturas con el pasado, pues entienden que la cultura, por ser cultura, es una continuación, sin interrupciones, de los esfuerzos y trabajos de las generaciones.

Mientras tanto, la segunda corriente humanista del Renacimiento, la pagana, rompiendo con la Edad Media cristiana, se esfuerza por resucitar las antiguas culturas precristianas griegas y romanas, precisamente para oponerlas a todo lo cristiano. Para ella el Renacimiento es una consciente y deliberada vuelta a los valores paganos, como lo opuesto al cristianismo, que desprecian y aborrecen.

No todos, en esta época, se dan cuenta de esta situación; el malentendido y la confusión llegan incluso a la corte papal (el poder puramente temporal de los papas en los Estados Pontificios se confunde, en esta época, con el poder espiritual eclesiástico), provocando escándalo entre los fieles, especialmente entre los muy numerosos religiosos, no siempre muy cultos, pero sí muy influyentes en la sociedad renacentista.

El desastre moral, traído por el renacimiento del paganismo, es especialmente lamentable en la vida cívica (en la civilización).

En casi todas las civilizaciones precristianas el hombre es tratado con muy poco respeto, casi como una cosa cualquiera, pues si es tomado en consideración por las leyes, sus «derechos humanos» no se le deben por su «humanidad», es decir por su naturaleza humana, por ser hombre, sino por su carácter de ciudadano. Incluso un «*civis romanus*», cuando por algún motivo perdía su «ciudadanía» (o como se suele decir actualmente, su «nacionalidad»), caía al nivel de objeto cualquiera: podía ser vendido o cambiado por otro objeto e, incluso, en algunas circunstancias, muerto (2). Es solamen-

(2) Podía ser muerto también, a veces, siendo ciudadano romano, como por ej. en el caso previsto por la «ley» consuetudinaria «*sexagenarios de pontu*», (¡al Tíber con los ancianos!), según la cual los hijos podían deshacerse de su anciano padre (sesentón), arrojándolo del puente a las aguas del Tíber,

te gracias al cristianismo que al hombre, poco a poco, se le reconoce su dignidad humana, basada sobre su naturaleza humana, considerada como obra de Dios; gradualmente se acepta la enseñanza de la Biblia sobre la creación del hombre «a la imagen y semejanza de Dios» y las explícitas doctrinas del Evangelio sobre la dignidad del hombre como hijo adoptivo de Dios-Padre (la oración enseñada por Cristo el «Padre Nuestro»), redimido por la Pasión de Cristo y, en consecuencia, teniendo el valor de la sangre de Cristo, con el destino de una vida eterna, concebida como participación en la felicidad eterna de Dios. Entonces, el hombre no puede ser ni esclavo, ni objeto de la propiedad con el cual se pueda hacer lo que se le antoje a su propietario.

Así, gracias al cristianismo, nace una nueva civilización, que merece el nombre de la «civilización cristiana», pues está basada sobre la enseñanza de Cristo, una civilización para el hombre, en la cual el hombre está concebido como un «ser-para-Dios». Durante más de diez siglos el cristiano trabaja y lucha para edificar esta civilización cristiana, llamada también la «Ciudad de Dios»; una civilización basada sobre las verdades de la Fe y animada por la Caridad, respetuosa del hombre como hijo de Dios. Poco a poco, las leyes y las instituciones de esta nueva civilización se adaptan a las exigencias de la moral cristiana y al concepto cristiano de la vida, para asegurar para cada hombre las óptimas condiciones para su complejo desarrollo espiritual.

En esta civilización cristiana, que se construye durante los mil

para no seguir con la molestia de cuidarlo. ¡La crueldad en los tiempos precristianos no tenía límites!

Otro ejemplo, muy ilustrativo respecto a la verdadera situación del hombre en una sociedad pagana, lo constituyen las famosas *arae perusinae*. Vale la pena recordarlas, pues constituyen un testimonio harto elocuente. En el aniversario de la trágica muerte de su antecesor (Julio César), el emperador Augusto ordena que doce de los más destacados patricios romanos sean cebados durante cuarenta días y después, en una solemne ceremonia religiosa, sacrificados, como holocausto a la memoria del divino César. ¡Y a estos tiempos se considera como la época del apogeo de la civilización romana!

años de la Edad Media (desde la mitad del siglo cuarto hasta la mitad del siglo catorce), el hombre es respetado como nunca en la historia, pues ésta es una verdadera civilización humanista: todo en ella está al servicio del hombre, el cual, a su vez, está al servicio de Dios su Creador y Padre, su Redentor y Hermano, su Santificador; el Espíritu Santo. Es una mentira que la civilización medieval no fuera «humanista»; lo era en un grado mucho más elevado que en la época del Renacimiento, pues el humanismo renacentista, divinizando al hombre y por eso separándolo de Dios, en vez de ensalzarlo lo rebaja, pues lo despoja de su dignidad de criatura divina, de su condición de hijo de Dios y su heredero, destinado a compartir la felicidad eterna de su Creador. Colocando al hombre en el lugar que sólo corresponde a Dios, el humanismo renacentista rebaja al hombre al nivel en el cual se encontraba antes del cristianismo y del cual, con tanto costo los elevó la Iglesia.

La descristianización y la repaganización de la civilización durante el tiempo del Renacimiento es la principal causa de todos los infortunios y calamidades que sufre el hombre durante los siglos siguientes hasta nuestros días, pues con la vuelta al paganismo se vuelve también a las principales instituciones inhumanas de la civilización precristiana, como la esclavitud (3) de distintos tipos y grados, como la crueldad, el odio, el materialismo en todas sus formas, el concepto del hombre exclusivamente como un animal, o

(3) La esclavitud, como una institución básica y la más característica de la civilización pagana, poco a poco eliminada de la sociedad europea, a medida que se extiende el proceso de la cristianización durante la Edad Media, reaparece junto con el paganismo del Renacimiento, primeramente como una institución del derecho privado, con la base jurídica en el «asiento» otorgado en el año 1538, por el gobierno español, a los mercaderes alemanes, para facilitar el comercio de los negros y después, en el siglo XX, como una institución del derecho público, no en la forma legislativa, sino de hecho, en los regímenes comunistas (GULAG), impuesto por la revolución marxista, donde, de hecho, el hombre está tratado como una propiedad del Estado, igual que todos los animales. Véase: René Gonnard, *Histoire des doctrines économiques*, París, 1943, pág. 100.

como un nada, completamente absorbido por la sociedad, sea en un régimen de tipo hitlerista (4), sea comunista.

No faltaron los que se dieron cuenta de esta situación y de inmediato salieron a combatir todos los síntomas de la repaganización de la sociedad. Unos, con fanatismo, como Savonarola, otros con prudencia como el ya mencionado santo Tomás Moro.

En la época del Renacimiento no sólo se vuelve a la institución de la esclavitud, sino también a muchas otras formas de servidumbre, incompatibles con el cristianismo y que poco difieren de la esclavitud en el estricto sentido de la palabra. Incluso algunas instituciones introducidas en la Edad Media, para la defensa de algunos grupos o estratos sociales contra los abusos por parte de los otros, en la época del Renacimiento se transforman en instituciones de opresión. Como ejemplo ilustrativo se puede mencionar la institución llamada «*glebae adscriptio*», la cual fue introducida en la Edad Media para defender a los inquilinos, impidiendo al comprador de un terreno agrícola la expulsión de los campesinos asentados por el dueño anterior. Esta institución que primeramente, en la Edad Media, es un privilegio de los campesinos (5) se transforma, en la época del Renacimiento, en el privilegio del dueño de la tierra, el cual, vendiendo el terreno, al mismo tiempo puede «vender» a los campesinos asentados en ella, de tal manera que ellos llegan a estar despojados de la libertad de abandonarla, hasta que, en los siglos siguientes, en algunos países de Europa Central, llegan a una condición casi de esclavos. Es sólo al final del siglo XVIII (el caso de Polonia) y en la segunda mitad del siglo XIX (el caso de Rusia y otros países), que por las reformas agrarias, recuperan la libertad perdida (6).

La reaparición de la institución de la esclavitud y el cambio esencial en la institución de «*glebae adscriptio*» y las otras formas

(4) Según la conocida frase de Hitler: «du bist nichts, das Volk ist alles».

(5) Los documentos de la época dicen: «...tali gaudent privilegio quod a terra amoveri non poterunt».

(6) Véase del autor: «*Les réformes agraires en Pologne*», París, 1947.

de servidumbre, reñidas con los principios cristianos, demuestran los concretos cambios sociológicos que se producen en la época del Renacimiento por la vuelta al paganismo.

Algo parecido se nota también en el campo de la vida política: volviendo al paganismo se vuelve a las formas del poder absoluto, ilimitado, que no respeta ninguna norma moral. Se trata de la vuelta al principio de Ulpiano, de que el gobernante está por encima de la ley y de la moral, lo que se expresa en la frase *«quod principi placuit legis habet vigorem»*.

Recordemos que este principio está introducido por Ulpiano alrededor de la mitad del siglo segundo, es decir en los tiempos cuando todavía, en el Imperio Romano, plenamente reinaba el paganismo. También hay que recordar que se trata de un concepto completamente ajeno al pensamiento y al espíritu del derecho romano y de las tradiciones de la civilización latina, las que casi siempre reconocen y respetan la ley natural, muy bien conocida por el pensamiento tanto griego como romano. Es solamente cuando el Imperio Romano se extiende al Oeste y abarca a los pueblos orientales, que este principio bizantino llega hasta el Occidente junto con las otras influencias de la civilización bizantina, partidaria del poder civil absoluto, al cual todo está subordinado, incluso la vida espiritual y religiosa y, por consiguiente, también la Iglesia (7).

La frase acuñada y difundida por Ulpiano, siendo contraria al derecho natural y al concepto cristiano del poder político, sólo puede ser aceptada y acatada por una sociedad pagana, pues el cristianismo exige del gobernante no solamente el respeto de las leyes, sino también la sumisión a la ley natural, (a la cual considera una ley divina), y a la ley positiva divina, es decir al Decálogo, y a las expresas órdenes de Cristo.

El hecho de que durante el período del Renacimiento, en muchos países europeos, se vuelva al principio *«quod principi placuit legis habet vigorem»*, demuestra hasta qué punto la sociedad renacentista vuelve al paganismo.

(7) Véase: Feliks Koneczny, *On the Plurality of Civilisations*, London, 1962.

Esto consta también de la polémica que hubo al respecto entre los destacados juristas de la época. Por un lado, unos defendían el principio ulpiano, mientras que por otro no faltaron quienes lo combatieron. Los primeros, es decir los partidarios del poder absoluto, no limitado por ninguna norma moral o jurídica, están encabezados por el eminente escritor y jurista francés Jean Bodin (1530-1596), quien, en la obra *La République*, recuerda el principio ulpiano y lo defiende, considerando que el gobernante está por encima de la ley. Los segundos, es decir los defensores del tradicional concepto del poder en el derecho romano, todavía libre de las nefastas influencias bizantinas, siempre aceptado y defendido por el cristianismo, como un concepto acorde al derecho natural y al derecho positivo divino, están representados —entre otros— por el gran jurista y escritor polaco Laurentius Goslicki (1530-1607), contemporáneo a Jean Bodin. Goslicki, en su obra *De Optimo Senatore*, bien conocida en Occidente, incluso traducida tres veces al inglés, que rechaza el concepto de Ulpiano del poder absoluto y defiende la tradicional doctrina del derecho romano sobre la sumisión del gobernante a la ley natural y a las leyes divinas (8). Pero la paganizada sociedad renacentista se hace sorda a los argumentos del jurista polaco y acepta el nefasto principio de Ulpiano, lo que la lleva, poco a poco, en muchos países, a adoptar las formas absolutistas de gobierno, las que, con el tiempo, degeneran en las tiranías y regímenes totalitarios del siglo veinte, llegando hasta las atrocidades del hitlerismo y del comunismo marxista.

En el campo político, el paganismo renacentista se manifiesta también en el rechazo de la moral en las actividades políticas y, especialmente, en la misma ejecución del poder. Es la doctrina de Nicolás Machiavello (1469-1527), quien en sus numerosas obras políticas y literarias, especialmente en el ensayo *Il principe* (1513), sostiene que en las actividades políticas, es decir en la lucha por el poder y en la ejecución del poder, no obligan las normas morales; al contra-

(8) Véase: E. Jarra, *Laurentius Goslicki en tant que philosophe du droit*, 1931, y del mismo autor, *Le bodinisme en Pologne*. También Stankiewicz, *The Accomplished Senator of Laurentius Goslicki*, 1946.

rio, es lícito recurrir a los procedimientos comúnmente considerados como inmorales.

Es evidente que la inmoralidad en la vida política, de la cual tanto sufren las sociedades en los últimos siglos y, especialmente, en nuestro siglo veinte, tiene sus raíces en el paganismo del Renacimiento.

Otro aspecto de esta paganización de la sociedad renacentista lo constituye el casi completo olvido de la finalidad última de la vida humana: la eternidad.

El hombre cristiano medieval siempre vivía *sub specie aeternitatis*. De ahí la serenidad y moralidad de su vida. El hombre pagano del Renacimiento vive sólo para el presente, para la vida temporal, la cual considera como su vida única, pues no cree en la vida eterna. El cristianismo medieval peregrina por la vida terrenal hasta la casa del Señor, hasta el Cielo (de ahí tantas «peregrinaciones», que simbolizan la peregrinación). Pero sabe que su felicidad eterna tiene que ganarla llevando una vida terrenal, moral y llena de buenas obras. De ahí que el cristianismo medieval tanto aprecia la vida temporal y se esfuerza para aprovecharla al máximo. Mientras que el neopagano del Renacimiento sólo está preocupado de vivir su vida terrenal para sus placeres, sin pensar en aprovecharla para ganarse su salvación eterna. El ideal de su vida es el placer, sea sensual, sea espiritual (el orgullo, la fama, las ambiciones etc.). Acepta y hace suya la vieja máxima del antiguo paganismo romano: *Carpe diem!* Muchos autores de la época renacentista, inspirados por los escritores de los antiguos paganos griegos y romanos, ensalzan el placer sensual. Las obras como *De voluptate* (1431) de Valla, son las más leídas y vividas.

Una vez rechazada la fe en la existencia de Dios y el respeto de sus leyes y normas morales, el hombre renacentista se considera él mismo la fuente de todas las normas: *homo mensura*, lo que le lleva a la divinización de lo humano.

Los ingenuos de siempre quieren ver en este principio la base del humanismo, mientras que, en realidad, la divinización del hombre es la tumba del humanismo, pues en vez de contribuir a la humanización de la civilización, la deshumaniza; pues sin Dios, el hombre —como un huérfano— pierde su dignidad y pronto va a ser absorbido por la sociedad. El concepto cristiano del hombre como persona

—un ser razonable, libre, con destino eterno— va a ser reemplazado por el concepto del individuo como fragmento y parte de la sociedad, la cual lo va a absorber completamente (9).

Cada vez que se debilita la fe y la religión verdadera (la revelada) polulan las prácticas y creencias que las sustituyen. La gente cae en las supersticiones, prácticas de magia, siendo víctima de los hechiceros, de las adivinas, de las brujas, etc. Eso es lo que ocurre en la época del Renacimiento. Nunca durante la Edad Media, a la cual los ignorantes consideran «obscura» y «bárbara», hubo tanto fanatismo, crueldad y luchas fratricidas como durante el Renacimiento. Es precisamente en el Renacimiento cuando empiezan la persecución y la quema horrorosa de las brujas (10); renacen los antiguos, precristianos cultos paganos con sacrificios de animales y hechicerías, especialmente durante las epidemias, cuando el hombre, asustado por la inminencia de la muerte, quiere a cualquier precio evitarla, recurriendo incluso a los sacrificios en honor de los imaginarios «dioses». Burckhardt (11) cuenta innumerables hechos espantosos, de los cuales hablan los documentos de la época. El famoso sacrificio de un toro en una de las plazas de Roma, con el beneplácito del papa León X (12), para calmar la ira de los «dioses», no es una excepción.

(9) Véase: D. Fahey, *The Mystical Body of Christ and the reorganisation of society*, Dublín, 1945, capítulo: Human personality and individuality. *Semaines Sociales de France*, XXIX, *La personne humaine en péril*, Paris, 1938. Descoqs, *Individu et personne* (Archives de Philosophie, vol. XIV, II, págs 235-292). J. Maritain, *Trois réformateurs*, Paris, 1945, pág. 274 y sigs.

(10) «Les abus des procès en sorcellerie ont été stigmatisés dans un ouvrage du P. von Spes, S. J., *la Cautio criminalis*, paru en 1631. On s'étonnera peut être de cette date: c'est que les procès en question, s'ils commencèrent à apparaître sur le déclin du Moyen Age, à la fin du XV siècle, n'ont été réellement nombreux qu'au début du «Grand Siècle». Régine Pernoud, *La lumière du Moyen Age*, Paris, 1944, pág. 264.

(11) Me sirvo aquí de su obra en la traducción francesa: *La culture de la Renaissance en Italie*.

(12) Sobre el presunto paganismo de León X escribe A. Poizat: «León X, par la plume de son secrétaire Bembo, ne craignait pas, en des lettres officielles et publiques de parler de la Divinité au pluriel et d'écrire «Dii immortales», pour désigner la Sainte Trinité; mais autour d'eux les gens un

En el plano económico, los cambios producidos por la vuelta al paganismo no son menos desastrosos. Cuando los hombres están poseídos por el deseo del placer y sólo bucan lo que —usando la expresión de hoy día— es para ellos la «dolce vita», en la vida económica también sólo buscan el dinero, la riqueza, el bienestar, es decir todo lo que les puede permitir llevar esta «dolce vita». Así, en la época del Renacimiento, en la vida económica, el hombre deja el principio medieval de producir los bienes económicos para satisfacer las reales necesidades de los clientes y empieza a buscar el lucro, el enriquecimiento, la riqueza por la riqueza (13). De esta manera, ya en la época del Renacimiento aparecen las primicias del futuro régimen capitalista.

En el otro plano, el de la defensa, los *condottieri* se hacen tan característicos para el Renacimiento, como lo son los *caballeros* para la Edad Media. Claro está que la oposición entre ellos se refiere sólo al aspecto moral, pues unos y otros son jinetes armados y con la función social de militares, comprometidos en la defensa del país.

Los caballeros (14) son los más típicos representantes de la europa

peu avertis souriaient, sachant bien que ces façons d'écrire étaient une simple question de mode». *La civilisation et ses tournants*, París, 1936, pág. 271.

(13) René Gonnard escribe: «On va franchement rechercher la richesse pour la richesse... L'idéal médiéval de modération, sinon de détachement, est délaissée... Les grands marchands de la Renaissance pourront reprendre pour devise el «Salve, lucrum!» des boutiquiers romains». *Histoire des doctrines économiques*, o. c., pág. 55.

(14) «En el idioma de la cultura latina, el caballero es el *eques*. *Eques* y *equus* están relacionados. El caballero es un jinete. Así era ya en la cultura de los griegos, desde Homero hasta la constitución ateniense de Solón: el *hippeas* era el hombre de armas, el ciudadano que podía disponer de un caballo para sí y de su escudero para defender la patria. Por encima del sentido militar y político, el caballero es en Atenas, Esparta y Roma, el hombre de una elevada posición social, es decir, un hombre que tiene que sobresalir sobre los demás en deber y formación, que está personificado y simbolizado por su elevada posición a caballo, un hombre libre, humildemente elevado sobre lo ordinario, que sirve y que manda, que marcha delante y que es el último en abandonar el campo de batalla. El caballero es, por así decirlo, un hombre alado, que tiene debajo de sí la tierra, que se puede defender a sí mismo, ágil como ninguno de los infantes. El caballero es el

medieval. Parece que esta institución vino a Europa desde el cercano Oriente. La encontramos ya en las antiguas culturas de Asiria y Persia. Según André Mourois, la caracterizaban los tres elementos esenciales: «*tirer l'arc, monter à cheval et ne pas mentir*» (15). Para ser un caballero no bastaba ser un jinete armado; se necesitaba también ser virtuoso: servir a la verdad. Lo mismo caracterizaba a los caballeros en la antigua Grecia y Roma. Pero es sólo bajo la influencia del cristianismo cuando, en la Edad Media, los caballeros son los «nobles» en el más estricto y bello sentido de la palabra. Además es una institución dentro de todo el sistema feudal, en la cumbre del cual está el Señor Supremo, Dios. En el intermedio hay muchos «señores», en una larga y alta jerarquía, que en la tierra termina con los reyes o el emperador, pero que continúa en el Cielo con el «señor» San Miguel Arcángel y otros «señores», pasando por la Nuestra Señora (Notre Dame), la Santísima Virgen María y terminando con Cristo-Caballero (16) y el Supremo Señor, Dios-Padre.

noble, en el mejor sentido de la palabra.» Hugo Rahner: *Abendland. Reden und Aufsätze*, Herder, Freiburg/Br., 1966. Estoy citando aquí según la traducción castellana, de la edición bajo el título: *Humanismo y Teología de Occidente*, Salamanca, 1968, pág. 159.

(15) En la novela: *Les silences du colonel Bramble*.

(16) Los caballeros de la Edad Media veneraban a San Miguel Arcángel no solamente como a su patrono; al cual edificaron muchísimos templos, sino también como a un «caballero». El hermosísimo castillo-templo de Mont Saint-Michel, en Normandía, a las orillas del Canal de la Mancha, considerado como la más preciosa joya de la arquitectura en esta parte de Francia, es también un fantástico poema en piedra al honor del «caballero» San Miguel Arcángel, como lo es el poema en verso de Charles Maurras, en el cual se habla de «Monsieur Saint Michel». De manera parecida, la Santísima Virgen María está venerada por los caballeros medievales no solamente como Patrona y protectora de la caballería cristiana, sino también como la Primera Dama de la Cristiandad. Respecto a Cristo como Caballero, Hugo Rahner, en la obra ya mencionada, nos da el esbozo de lo que él mismo llama «la teología del caballero Cristo», de la cual nos permitimos citar algunos extractos: «La palabra de Dios del Nuevo Testamento, que nos habla de Jesucristo como del caballero enviado por Dios, nos debe hacer recordar todo ese mundo de ideales caballerescos. La palabra eterna del *Apocalipsis* nos describe a Nuestro Señor de la siguiente manera: «Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo, y el que lo montaba es llamado fiel, verídico y con justicia

Lo que puede hacer reír al escéptico hombre inculto de hoy día, para el hombre cristiano de Edad Media fue una institución seria, respetable, bella y noble.

juzga y hace la guerra ... Tiene sobre su manto ... escrito su nombre: rey de reyes, señor de señores (19, 11-16)». Este jinete era Cristo, el caballero, nuestro rey y señor; el jinete apocalíptico de la victoria de la historia universal, victoria que ganó mediante la muerte de sangre en la cruz; el que dijo con una audacia sin igual: «Confíad, yo he vencido al mundo» (Jn. 16, 33). Este es el caballero Cristo, que cabalga a través de los siglos de la historia universal, el rey, el libre que tiene la tierra bajo sus pies, que es elevado y sirve, que va delante y es el último en abandonar el campo de batalla. Es el señor Cristo, que fue fiel hasta la muerte y por eso recibió la corona real de la vida: por eso se le llama fiel y verídico, *pistos kai alethinos*. Es un hombre como nosotros, vivo, con sangre, auténtico, un hombre entero; pues la sangre que él derramó y que empapó sus vestidos de caballero, es sangre humana, sangre que su madre había preparado. Tiene una patria terrenal como nosotros, amigos y enemigos; se entusiasmó y llegó a agotarse, sintió ánimo y desaliento: un hombre como ningún otro de la tierra, que se alegró y murió. Y precisamente por eso es vencedor, el jinete real, la palabra sublime de Dios.

Todavía debemos profundizar más en esta imagen bíblica del caballero Cristo. El Señor, como da a entender el *Apocalipsis*, se hizo rey precisamente por su entrega a la muerte, por el derramamiento de sangre en su muerte en la Cruz. *Immolatus vincit*, se dice en un himno de la Iglesia: fue sacrificado, y así se hizo rey. De esta forma, la muerte en el infame patíbulo de la cruz es el punto crítico de la victoria. La cruz se convirtió en *tropaion*, en trofeo del caballero victorioso. Este concepto de *tropaion* es parte de la teología del caballero Cristo.

Cuando los griegos y los romanos alcanzaban una victoria sobre el enemigo, erigían en el lugar donde éste se había dado definitivamente a la huida una señal de la victoria que llamaban «punto crítico» (= *tropaion*). Y en este signo colgaban las armas conquistadas al enemigo. El mismo símbolo emplea Pablo para significar la victoria de Cristo, cuando dice del Señor que fue crucificado en la cruz por nuestra salvación, que nos vivificó «clavando en la cruz el acta de los decretos que nos era contraria; y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando de ellos en la cruz» (Col. 2, 15). Y precisamente en esta oposición aparente está la esencia más profunda de la obra de nuestro Señor.

«... el jinete Cristo busca jinetes, luchadores, soldados, conmitones que luchan con él. Cristo necesita hombres que sean y quieran ser caballeros, libres, nobles que tengan la tierra bajo sus pies, que puedan cabalgar jubi-

En la época del Renacimiento, el lugar del caballero es ocupado por el *condottiere*, también un jinete, también un hombre armado, también un militar que domina a la perfección el arte de combate, pero... un hombre sin moral, sin valores espirituales, sin virtudes. De un *condottiere* no se exige —como de un caballero cristiano medieval— ni la fidelidad a Dios, a la Fe, a la Patria, al rey, al señor del cual es vasallo, ni la honradez consigo mismo y con los demás, ni la bondad, justicia y caridad. Un *condottiere* es más bien un guerrillero-aventurero que sirve a quien paga mejor, sin escrúpulos morales de ninguna clase. Difícil es encontrar un mejor ejemplo ilustrativo de la diferencia moral entre la Edad Media y el Renacimiento.

No hay que olvidarse que la vuelta al paganismo, en la época del Renacimiento, se efectúa ante todo en la clase más alta de la sociedad: entre la gente muy culta y de buena situación económica. El paganismo renacentista no es un paganismo del pueblo, de los campesinos. Contrariamente a lo que sugiere la misma palabra «paganismo» renacentista no es un paganismo del pueblo, de los campesinos. Contrariamente a lo que sugiere la misma palabra «paganismo» (que viene de la latina *paganismus*, *paganus*, quiere decir el campesino, el habitante inculto de los bosques), no se trata de vivir según las creencias precristianas de los pueblos incultos e ignorantes, todavía no cristianizados, sino de vivir según los conceptos filosóficos materialistas, presentados de una manera atrayente y alabados por la literatura antigua griega y romana, en los tiempos precristianos, pero también leída y admirada por la alta clase de la sociedad renacentista. Es precisamente por la educación, por los estudios lingüísticos, literarios y filosóficos por lo que esta alta clase social renacentista se acerca al pensamiento y maneras de vivir de la antigua Grecia o Roma. Las obras de Homero ya escandalizaban a Platón, quien, en su *Politea*, propone excluirlas de la educación de la juventud, como inmorales, corruptoras y contrarias a la moral natural. Con mayor razón están

losos, que se eleven humildemente sobre lo vulgar, sirviendo y mandando que marchen al frente y sean los últimos en abandonar el campo de batalla, hombres que adivinen algo de la victoria que solamente se consiguió en la cruz, hombres que, como una guardia, rodean al *tropaion* del rey ...». O. c., págs. 159, 160, 161, 162.

ellas opuestas a la moral revelada, es decir a la moral cristiana. El hombre renacentista, encantado por esta literatura antigua y enamorado de ella, no solamente la aprecia como obra artística, sino como modelo de vida y cae en la misma inmoralidad, buscando sólo el placer, la vida fácil, el sibaritismo. Y esta manera pagana de vivir se extiende como una moda, como la peste, en toda la clase alta, incluso en la corte papal, lo que escandaliza (y con razón) a la gente menos culta y por ende menos influenciada por la literatura y filosofía paganas griega y romana, lo que se manifiesta especialmente fuera de Italia.

El hecho es que esta inmoralidad se extiende desde Italia a toda Europa y que el foco principal está en la corte papal, pues es en los Estados Pontificios donde, para mucha gente, especialmente en Alemania, lo neo-pagano se identifica con lo italiano, latino, mediterráneo, papal, romano, eclesiástico. Es una simplificación peligrosísima, a la cual se debe que los que, con buena fe, rechazaban este paganismo, al mismo tiempo rechazaban junto con él, todo lo latino, italiano, papal, eclesiástico, romano (17).

Los que se rebelan contra este paganismo, los que «protestan» contra esta situación, toman una actitud de rechazo de todo lo que viene de Roma. Primeramente esta reacción se manifiesta en Alemania y toma el nombre de protestantismo.

En realidad, el paganismo renacentista no se limita geográficamente sólo al territorio de Italia; penetra también a otros países europeos y los cristianos alemanes que protestan contra la situación reinante en Italia también están algo influenciados por los males que combaten.

(17) «La Réforme protestante fut avant tout un mouvement de protestation contre l'esprit de la Renaissance, la révolte d'un monde encore tout plongé dans le Moyen Age contre la submersion dont le menaçait la révolution intellectuelle produite par la découverte en la diffusion de cette littérature grecque si peu connue jusque-là mais qui portait en elle, providentiellement rassemblées, tous les éléments constitutifs d'une civilisation totale et jamais égalée, ce qui devait paraître une blasphème et un scandale a des gens qui, possédant le chirtianisme, ne pouvaient se résoudre á reconnaître la supériorité de ce qu'ils considéraient comme l'expression de la pensée païenne.» Poizat, o. c., pág. 286.

El protestantismo, ante todo en sus comienzos, indudablemente tiene carácter de una reforma: quieren limpiar la religión cristiana de las influencias paganas, de todo lo que vino de las antiguas mitologías griegas, buscan sinceramente un cristianismo puro, auténtico.

El camino más seguro se ve en la vuelta a la lectura de la Biblia. Pronto se agrega otra razón para dar la prioridad a la Biblia: la necesidad de encontrar una nueva autoridad, que podría reemplazar a la autoridad papal, a la cual rechazan por considerarla comprometida con la confusión reinante.

La vuelta a la Biblia fue un hecho, en sí mismo, muy positivo, pero el considerar la Biblia como la única fuente de la Revelación y, al mismo tiempo, el rechazar al Magisterio pontificio, como el único auténtico interpretador de la palabra de Dios y el rechazar la Tradición, tenía que llevar a los protestantes a posiciones erróneas, pues la Biblia quedó a merced de las interpretaciones de los lectores, cada uno según su parecer, según su conciencia; de ahí tantas interpretaciones como lectores, lo que fatalmente tenía que terminar con las opiniones distintas e incluso a veces opuestas, rompiendo la unidad de los cristianos en la Fe. El sectarismo está pues en la base misma del protestantismo, lo que explica que, actualmente, haya más de mil sectas protestantes en el mundo, que se combaten mutuamente.

La lectura personal de la Biblia estaba facilitada por el descubrimiento de la imprenta por Gutenberg y la publicación por él de la Biblia en el año 1455.

Hay que reconocer que la paganización, incluso de las ceremonias religiosas cristianas fue, en esta época, espantosa. Muchas fiestas religiosas, procesiones, peregrinaciones etc., se presentaban como puras diversiones de carácter inmoral, incluso —según muchos historiadores— más inmoral que las auténticas celebraciones del antiguo culto pagano. Lutero dice al respecto: «Las fiestas religiosas se parecen a las *bacchanalias* y a las *saturnalias*. Nunca los paganos han adorado a sus ídolos con tanta indecencia como actualmente se festeja a los santos. ¡Ni un puerco aceptaría tal culto!» (18). Lo que explica la

(18) Esta frase de Lutero está citada por Bauclair: *Luther et son temps*, París, 1946, pág. 54.

supresión casi total del culto por el protestantismo o la limitación solamente a las reuniones muy serias, severas, sombrías, dedicadas a la lectura de la Biblia, a las predicaciones y al canto de los salmos.

Parece que a los protestantes, que en este tiempo son casi exclusivamente alemanes, les disgusta y escandaliza no tanto el paganismo del Renacimiento, como la presencia en él de las antiguas culturas griega y romana y sus costumbres refinadas y delicadas (19).

(19) «Italie ... avait voulu se transformer en une hôtellerie de plaisir et d'allégresse épicurienne». Thureau-Dangin: *St. Bernardin de Sienne*, pág. XI, citado por A. Baudrillart: *L'Eglise catholique, la Renaissance, le Protestantisme*, o. c., pág. 30.

«L'esprit classique de l'Antiquité n'est jamais entré dans la substance même de la culture allemande; il est resté en dehors, pour devenir un élément d'interprétation philologique, alors qu'il s'est complètement intégré dans notre civilisation nationale pour en devenir un des éléments constitutifs». Oberkirch A.: *Le problème politique allemand*, Paris, 1945, pág. 75.

«Le fait qui nous importe ici, c'est que le germanisme ait trouvé dans ce grand mouvement spirituel l'occasion de désavouer sept siècles de tutelle étrangère. Depuis Charlemagne, l'esprit allemand était colonisé par culture latine dont l'Eglise romaine se trouvait la dispensatrice. En secouant ce protectorat, en réclamant le droit de prêcher les Evangiles dans sa langue maternelle, Luther n'a pas seulement affranchi la littérature allemande comme la *Divine Comédie* avait affranchi la littérature italienne; il a, du coup, libéré le génie allemand, révélé l'Allemagne à elle-même. Sa révolte contre le seconde Rome renouvelle la révolte d'Arminius.» R. Grousset: *Bilan de l'Histoire*, Paris, o. c., pág. 50.

«L'Allemagne, restée en majorité, médiévale et très en arrière du mouvement de la Renaissance, était violemment scandalisée par ce paganisme et cette idolatrie vraiment effrontée, que les Papes avaient l'air d'encourager, emportés par un courant de libéralisme esthétique qui ne connaissait plus de freins». Poizat A., o. c., págs. 277-8.

«C'était ce catholicisme romain que les protestants qualifiaient de paganisme, mais dans lequel Erasme reconnaissait la forme la plus enviable d'une civilisation qui unissait tout ce qu'on peut rêver de culture supérieure et de jouissances délicats, d'élégance, de liberté pour l'esprit à des puissances de sainteté dont précisément alors se levait une moisson. Les ordres religieux nouveaux se multipliaient spontanément pour faire face aux dangers, toute une armée de jeunes moines héroïques et merveilleux, entre autres cette illustre compagnie de Jésus, dont les docteurs allaient dominer le Concile de Trente et qui, dans le même temps, organisaient l'enseignement clas-

El rechazo del celibato por el protestantismo, en este tiempo, fue una reacción comprensible contra el libertinaje del clero. Desde que el celibato dejó de ser, para muchos sacerdotes de la época renacentista, el símbolo de una vida interior basada sobre el amor de la castidad y se transformó más bien en un privilegio jurídico de los solterones dedicados a una vida cómoda, libertina y sin responsabilidades familiares, su rechazo se imponía para los reformadores, más todavía porque ellos mismos no creían en la posibilidad de llevar una vida en castidad, como lo expresa, con una gran cantidad de argumentos, el mismo líder del protestantismo, Martín Lutero (20). En realidad la

sique, tel qu'il allait s'imposer en tous pays, reformant en partie par l'unité de culture l'unité détruite sur le terrain religieux. Ainsi l'étude des lettres grecques et latines fit, par leurs soins, l'objet de l'enseignement pour l'ensemble de la bourgeoisie tandis que celui de l'Écriture Sainte restait réservé aux écoles supérieures de théologie, d'où il redescendait, mesuré et dosé, au peuple dans les catéchismes et les écoles paroissiales». Poizat, A., o. c., páginas 294-5.

El carácter «griego» de la cultura del Renacimiento se explica también por el hecho que, en este tiempo, desde el Oriente vienen a Italia y a otros países europeos grandes cantidades de inmigrantes griegos. Se trata de la gente de una cultura muy superior de la de Europa Occidental y que mucho tiempo antes vivieron su propio «Renacimiento», todavía más pagano que el de Occidente; ellos huyen de Constantinopla espantados por el acercamiento de las tropas musulmanas (Constantinopla cae en el año 1453). Muchos de ellos reciben cátedras en las Universidades europeas, lo que facilita la influencia de esta gente sobre la cultura renacentista occidental.

(20) J. Maritain, que es buen conocedor del protestantismo, escribe lo siguiente: «Luther, tout en déclarant, conformément à sa thèse fondamentale sur la concupiscence, que le devoir conjugal ne s'accomplit jamais sans péché (Weim. X, P., II, 304, 6, 1522), et que «Dieu couvre le péché, sans lequel il ne peut y avoir de gens mariés» (Opp. exeg. lat., IV, 10, vers 1538, Weim., XLII, 582, 29-31), dira plus nettement encore: «Cette parole de Dieu: Croissez et multipliez-vous, n'est pas un précepte, elle est plus qu'un précepte; elle est une oeuvre divine, qu'il n'est pas en notre pouvoir d'empêcher ou permettre; elle m'est aussi nécessaire que d'être un homme, et plus nécessaire que de manger, de boire, d'aller à la salle, de cracher, de dormir et de me réveiller. Cette oeuvre est nature même, instinct aussi profondément enraciné que les membres que nous avons à cet effet». (Sermon sur mariage, 1522, Weim. X, P., II, 276, 21-26.) «Dieu n'enlève pas à l'homme et à la femme leur conformation particulières, les organes sexuels, la semence et

reforma introducida en este asunto por los protestantes solamente se limita al rechazo de un indignante fariseísmo, pues los pastores protestantes llevaban en este tiempo una vida no menos licenciosa que la

ses fruits: le corps d'un chrétien doit produire des germes, se multiplier et se comporter comme celui des autres hommes, comme celui des oiseaux et de tous les animaux; c'est à cette fin qu'il a été créé par Dieu, en sorte que là où Dieu ne fait pas miracles, la nécessité demande que l'homme s'unisse à la femme et la femme à l'homme...» (1523, Weim., XII, 113, Cf. XII, 66, 31). Exemple significatif de la manière de penser du Réformateur. Le précepte moral, imposé à l'humanité dans son ensemble, de conserver l'espèce de la créature doués de raison, afin, en définitive, que soit parfait le nombre des élus (cf. Sum. theol., IIa-IIae, 152, ad 1), est confondu par lui avec la pression naturelle exercée en chaque individu par l'instinct de son animalité. La pensée de Luther est bien typique pour tout un aspect de la pensée moderne, elle matérialise tout ce qu'elle touche. Cette prédication sur le mariage fait un digne portique aux misères d'un âge qui hait la chasteté non moins que la pauvreté. J. Maritain: *Trois réformateurs*, o. c., pág. 246.

J. Maritain reprocha a Lutero no solamente la defensa de la lujuria, sino también del odio y de la mentira, como consta de los textos siguientes: «On sait la chaîne féroce de Luther pour la papauté, les papistes et les religieux: «Plaise à Dieu d'envoyer sur eux la pluie de soufre et de feu qui consuma Sodome et Gomorrhe, et de les précipiter au fond de la mer, afin qu'il périsse jusqu'à la mémoire (Weim., VIII, 624; 1521); «les bons chrétiens devraient laver leurs mains dans le sang des papistes» (Weim., VI, 347; 1520); «on devrait pendre pape, cardinaux et toute la clique de l'idolâtrie et sainteté papiste, tirer la langue à ces blasphémateurs jusque derrière le cou, et les clouer à despotences dans le même orde qu'ils alignent leurs sceaux sur les bulles» (Weim., LIV, 143, 11-15; 1545); il voue la papauté et toute sa clique aux abîmes infernaux (Weim., XXX, P. III, 388, 9-10; 1531), pour lui un des signes qu'on plait à Dieu c'est de haïr le pape (Ia Galat., 1531, 1535, Weim., XI, I, 576, 25); en 1537, quittant Schmalkalde et se croyant sur le point de mourir, il donnait a son entourage ce salut suprême: «Impleat vos Dominus benedictione sua et odio papae» (Préf. de Veit Dietrich, in Opp. exeg. lat., XXV, 135). Maritain, o. c., pág. 268.

Respecto a la mentira escribe Maritain: «Le mensonge ne l'a jamais arrêté. Un mensonge nécessaire, disait-il lui-même, à propos de la bigamie de Philippe de Hesse, un mensonge utile, un mensonge secourable, aucun de ces mensonges ne va contre Dieu... Quel mal y aurait-il à ce que pour un plus grand bien, et en considération de l'Eglise chrétienne on fit un bon et gros mensonge» (Lenz, Briefwechsel Landgraf Philipps von Hessen mit Bucer, I, 373-376). Sur Luther et le mensonge, cf. Denifle-Paquier, I, 218-224;

del clero romano, pero con la diferencia que lo hacían abiertamente (21).

La vuelta a la Biblia es también una reacción muy sana contra la influencia de la mitología clásica en la teología y, especialmente, en la homilética. Pues durante el período del Renacimiento, el clero romano se dedicaba más a la lectura de las obras de la literatura antigua griega que a la de la Biblia, además ingenuamente se aceptaban muchas costumbres y prácticas religiosas de los distintos pueblos, hasta hace poco paganos, muy superficialmente cristianizados. En general el nivel cultural del clero y sus estudios teológicos estaban muy bajos (22). Por otra parte los sacerdotes más cultos y con estudios universitarios eran precisamente los que más asimilaban, por sus lecturas de la antigua literatura griega y romana, las ideas paganas y los que, en sus homilías, más citaban a Ovidio o Virgilio, que a Isaías o Jeremías.

El protestantismo es la reacción (23) contra esta influencia y ve la única solución en el retorno a la Biblia como fuente de Revelación.

Grisar, III, 1016-1019. Ce n'est pas sans fondement que le duc Georges de Saxe appelait Luther «le plus froid menteur qu'il ait jamais connu». «Nous sommes obligés de dire et d'écrire de lui que ce moine apostat nous ment en face comme un damné scélérat, déshonnête et parjure» (19 décembre 1528, à propos de l'affaire Pack.). Maritain, o. c., págs. 258-9. El mismo testimonio da Cristiani L.: *Luther et le Luthéranisme*, o. c., sobre lujuria de Lutero: páginas 221 y sigs.; sobre el odio: págs. 259 y sigs.; sobre la mentira: páginas 118 y sigs. Sobre el paganismo de Lutero vea: Booth E.: *Luther*, París, 1934; Denifle: *Luther et le Luthéranisme*, París, 1913; Funck-Brentano: *Luther*, París, 1933; Goguel, M.: *Luther*, París, 1925; Grisar, H.: *Luther, sa vie, son oeuvre*, París, 1931; Kuhn, F.: *Luther, sa vie, son oeuvre*, París, 1883; Merejkowski, D.: *Luther*, París, 1941.

(21) Una información muy abundante sobre este punto proporciona Baudrillard: *L'Eglise catholique, la Renaissance, le Protestantisme*, o. c., páginas 306 y sigs.; también Cristiani, L.: *Luther et Luthéranisme*, o. c., págs. 207 y siguientes.

(22) Baudrillard, o. c., págs. 234 y sigs.

(23) Muchos no cristianos también ven en el protestantismo una reacción contra el Renacimiento. Como ejemplo citemos a Nietzsche, del cual anota Gonnard: «Nietzsche n'hésite pas à proclamer que la Réforme est une réaction du médiévalisme contre la Renaissance». *Histoire des doctrines éco-*

El tan famoso asunto de las indulgencias se presenta más bien como una ocasión para que el descontento y la indignación, provocados por el proceso de paganización, se manifiesten en toda su amplitud.

Este aspecto positivo del protestantismo (como una reacción contra los aspectos paganos del Renacimiento), es muy bien conocido e incluso hasta exagerado, especialmente por los autores protestantes, pero la reforma protestante tenía también sus defectos. Una reforma verdadera salió del seno de la Iglesia como obra del Concilio de Trento (1545-1563).

Actualmente la Iglesia pasa por una crisis no menos grave que la de los tiempos del Renacimiento. Esta vez las causas son distintas, pero lo esencial es lo mismo: la vuelta al paganismo. No se trata ahora de una vuelta al paganismo antiguo, a algún período histórico definido, como en los tiempos del Renacimiento, pero sí al paganismo como tal, es decir como una categoría cultural y sociológica: una religión puramente humana, que rechaza la Revelación.

Recordar el proceso de la paganización de Europa en la época del Renacimiento no solamente nos permite comprender mejor la génesis del protestantismo, sino también la trágica situación de la Iglesia de hoy día.

nomiques, o. c., pág. 65. He aquí el texto correspondiente: «La Renaissance contenait virtuellement toutes les forces positives auxquelles on doit la civilisation intellectuelle moderne... Là-dessus la Réforme allemande tranche comme la protestation énergique d'esprits arriérés, non encore rassasiés des idées du Moyen Age, et qui, au lieu de ressentir avec joie, comme il aurait convenu, les indices de sa décomposition, et ceux d'une vie religieuse de plus en plus superficielle et extérieure, en ressentaient un profond ennui. Avec leur vigueur et leur opiniâtreté septentrionales, ils ont rejeté l'humanité en arrière; ils ont amené de force la contre-Réforme, c'est-à-dire un christianisme catholique de défense légitime, accompagné de toutes les violences d'un état de siège. Ils ont retardé de deux ou trois siècles l'éveil et le règne des sciences. Ils ont peut-être rendu impossible à jamais la fusion de la pensée antique et de la pensée moderne. La grande tâche de la Renaissance n'a pu être menée à bien. Elle en fut empêchée par la protestation de la mentalité allemande arriérée alors. *Menschliches, Allzumenschliches*, ap. 273. Estoy citando según el texto francés de Bernouilli, C. A.: *La Réforme de Luther* (en *Etudes sur la Réforme*, París, 1919, pág. 551). Estoy citando a Nietzsche siguiendo el principio: *audiatur et altera pars*.